

Rector Magnífico de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Sr. Presidente de la Diputación Provincial de Cuenca, Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Cuenca, Sr. Delegado de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Sra. Directora de la sede de Cuenca, familiares, compañeros y amigos todos, buenas tardes.

No soy amigo de homenajes (pero ya saben lo que decía Ortega: “si no quieres que te den una conferencia, dala tú”), e incluso en más de una ocasión me he reído del formalismo que suponen; pero en el caso de la UIMP es distinto porque para mí la Universidad Menéndez Pelayo es algo muy íntimo y muy entrañable desde que un día algo lejano ya en el tiempo -como decía Jaime Gil de Biedma “de casi todo va haciendo más de 20 años”- recuerdo que quedé con el entonces Gobernador de Cuenca, Don Rafael Mazarrasa para ir a Madrid y así conocer al entonces rector de la U.I.M.P., e íntimo amigo suyo, Don Santiago Roldán.

La propuesta se me había hecho con anterioridad por parte de otro buen amigo común, Don Vicente Acebedo, y la verdad es que, aunque quede feo decirlo, no dudé ni un segundo en aceptar el cargo de Director de la sede de Cuenca.

Cuando, transcurridos unos veinticinco años, doña Silvia Jaquenod y otra vez don Vicente Acebedo me comunican la propuesta y concesión de la medalla de Honor de la UIMP, al igual que entonces, tampoco ahora he dudado en aceptarla. La medalla de honor de la U.I.M.P. ... Nada menos que de la U.I.M.P. ..., con el cariño que yo le tengo ...

Y es que es algo que a mí me parece tremendamente importante. Porque en esta distinción me han precedido -y hablo de memoria- personajes tan importantes como Fernando Zóbel, Gustavo Torner o Antonio Saura, a los que tanto admiro, aprecié y aprecio. Gracias, Señor Rector y, por favor, traslade mi agradecimiento a los miembros de su Consejo de Gobierno por esta concesión más debida, sin duda, a su generosidad que a mis méritos.

No opinaré sobre si lo hice bien o lo hice mal, no soy yo quien debe hacerlo; sí afirmo, y soy tajante en ello, que puse toda la carne en el asador, y creo que bajo mi dirección, lo que no era nada, porque la UIMP no tenía ni una triste habitación en Cuenca, empezó a ofrecer un programa tan rico como variado, centrándose fundamentalmente en tres temas que venían dados por el entorno:

--el primero era la **conservación de la naturaleza** en un momento en que todavía la ecología no estaba de moda. Colaboradores como Cosme Morillo hicieron posible la realización de diferentes seminarios en los que Cuenca y su paisaje jugaban un papel siempre protagonista y fundamental.

--El segundo tema era más revolucionario en Cuenca porque intentaba analizar el impacto de los medios de comunicación en una ciudad de provincias. Así las teorías de Mac Luhan sobre la “ciudad global” fueron estudiadas en Cuenca, eso sí, cambiando lo de aldea por ciudad para que nadie se sintiera ofendido; y de esta forma, y con la colaboración inestimable de distinguidos comunicadores y comunicólogos, Cuenca fue la primera ciudad española en contar con varias emisoras de televisión de todo tipo y espacio. El **Cuenca ciudad global** fue un auténtico impacto y las gentes cambiaron de pronto sus horarios para atender programaciones de lo más diverso. Intentar una lista completa de los estudiosos y famosos que durante esos días se convocaron en Cuenca sería hartamente complicado y, sobre todo, aburrido. Sólo quiero hacer referencia a un comentario del diario *El País* que decía que si en esos días se buscaba a alguien de la comunicación, la respuesta sería siempre la misma: “está en Cuenca, en el seminario de la U.I.M.P.”. Las antenas parabólicas, las célebres “paelleras” ahora tan habituales en el paisaje urbano, irrumpieron en los alrededores de la Casa de Cultura, mientras todos celebrábamos que el siglo XXI había llegado a Cuenca antes que al resto del país. Increíblemente, **Cuenca ciudad global** salió y hasta funcionó porque los medios eran mínimos pero, eso sí, las personas eran de una validez enorme.

--El tercer tema tenía que ver con la **rehabilitación y recuperación de las ciudades históricas**. El arquitecto Francisco Pol fue el encargado de congrega a los arquitectos más destacados de Europa en el antiguo convento de Carmelitas, convertido ya en una Babel de la comunicación y de la rehabilitación.

Pero los temas-estrella anteriormente mencionados, y otros muchos que se desarrollaron en nuestra sede dirigidos por auténticos profesionales, no se hubieran podido llevar a efecto sin la dedicación absoluta del escaso personal de que disponíamos para todos ellos: desde aquí mi mayor gratitud y el más sentido de mis recuerdos por su fidelidad, lealtad y su entrega.

Colaboradores como Gloria Duque, Julián Martínez, Paco Murado, Asunción Aragón, José Luis González Valdés, Isabel Visier, José Antonio o Javier demostraron que la ilusión lo puede todo, que todavía hay quijotes capaces de pensar que se puede luchar contra los gigantes a lomos de simples babiecas o rocinantes y con una sencilla bacía por protección. Además fueron ellos mismos los que se tuvieron que encargar de la mudanza desde el primer despacho en la Delegación de Cultura hasta la Casa de la Demandadera del convento de Carmelitas que durante bastantes años sería nuestra sede. Nuestra querida sede. Muchas gracias, amigos.

Ahora mismo la U.I.M.P., junto con la U.N.E.D., son las dos universidades estatales y creo que es bueno ascender a la proyección de unos estudios no reglados pero sí llenos de vitalidad. Deseo que la U.I.M.P., que tanto me ha ilusionado, siga ilusionando a gentes dispares para que personalidades de todo el mundo sigan acudiendo a Cuenca ilustrarnos, a iluminarnos. Entre todos y, por supuesto, con la ayuda inestimable de todas aquellas personas, instituciones y entidades públicas o privadas que han aportado su buen hacer, hemos logrado que esta Universidad esté perfectamente enraizada en la sociedad conquense y comprometida con su desarrollo.

La U.I.M.P. ha sabido erigirse en creadora de cultura, potenciadora del pensamiento y, en la medida de sus posibilidades, motor de progreso económico. Se ha configurado como un espacio de cambio e intercambio permanente desde el que se impulsa la ciencia, la cultura y la tecnología, estableciendo un entorno de intervención conjunta y coordinada que responde a la incidencia mutua que las actuaciones en los ámbitos universitario y social puedan tener.

El convento de Carmelitas acogió a la U.I.M.P. en 1985 y, llegados al 2009, la sede conquense sigue abierta a nuevas actividades y a los requerimientos y exigencias de los nuevos tiempos, tales como la enseñanza de nuestra lengua y de nuestra cultura como elementos básicos e inapreciables tesoros de nuestro país.

Desde ahora, el antiguo Conservatorio de Música y antes Audiencia Provincial, convertido en la nueva sede de la U.I.M.P., continuará siendo un referente fundamental de Cuenca y de los conquenses. Mantenerla, multiplicarla, asentarla, es labor de todos cuantos aman a nuestra ciudad y la cultura.

Yo por mi parte no quiero convertir esto en un memorial del convento, parafraseando a Saramago, pero sí quiero dejar claro que la U.I.M.P., en su modestia, ha cumplido y sigue cumpliendo un papel fundamental en la cultura, no solo en española sino también en la universal. Estoy seguro de que su nuevo equipo rector, con Don Salvador Ordóñez a la cabeza, es capaz de seguir ilusionando con este proyecto y de mantener su espíritu institucionista. Doña Silvia Jaquenod, la actual Directora de la sede de Cuenca, tiene en ello un papel fundamental. Colaborar con ella, y con don Vicente Acebedo, apoyarlos, será para mí un auténtico honor.

No les quiero aburrir y por eso no les voy a hablar de mí. Aquí lo importante es la U.I.M.P.; lo que sí les pido a todos es que apoyen esta idea que llegó de Cantabria y que desde el Cantábrico trajo a nuestra serranía aires de cultura abiertos y enriquecedores.

Dejar de nombrar al rector LLuch sería una auténtica herejía y no quiero dejar de señalar que fue unas de las personas más honestas y cultas que he conocido, con una modestia sincera y auténtica. Son muchas las

anécdotas que podría contar del rector LLuch pero yo no tengo el gracejo socarrón que él poseía como, por ejemplo, cuando contaba que su mayor aspiración era ser presidente del Barça, cargo con mucha más categoría y prestigio que el de ser ministro. El espíritu de nuestro rector Lluç perdura y debe perdurar en esta casa.

Perdónenme el plantón y muchas gracias a todos los que estáis aquí: autoridades (queridos Juan, Francisco y Ángel), alumnos, compañeros y amigos de la Universidad de Castilla-La Mancha, de los medios de comunicación, de la Real Academia de Artes y Letras, amigos del CEPLI, Dr. Santiago, queridísimos amigos de la Columna Cinco, familiares, amigos y amigos de mis amigos.

Y, cómo no, gracias a todos con los que compartí aulas, despachos y pasillos de mi otra debilidad, el viejo y entrañable Instituto “Alfonso VIII”. A partir de unos meses -aunque siempre hay quien duda y sé de buena tinta que se están cruzando apuestas- un nuevo edificio remodelado nos acogerá y nuestro trabajo se desarrollará en otro marco, seguro que más moderno, más funcional, aunque sin duda menos entrañable porque quien más quien menos se ha dejado allí geografías, físicas, químicas o literaturas, pero -sobre todo- nos hemos dejado jirones de vida.

Pero no me voy a poner dramático ni nostálgico, porque la vida sigue y lo importante no son las cosas o los edificios, por mucho que puedan ocupar un lugar relevante en nuestras vidas. Por eso, creo que hablo en nombre de todos cuando digo que en el viejo edificio hemos convivido y trabajado y, también, hemos tenido la suerte de conocer a personas que, ahora mismo, forman ya parte de nuestra familia. Quiero que recordéis que nuestra amistad permanecerá más allá de edificios y que, por supuesto, seguiremos compartiendo trabajos, labores y, sobre todo, afectos.

Gracias mamá, gracias Paula. Y, sobre todo, gracias a lo mejor que tenemos M^a Carmen y yo: nuestros hijos: Carmen, Carlos y Nacho. Un auténtico lujo. Son los seres más buenos y generosos que he conocido y los que más alegrías y satisfacciones nos han dado. Fijaos, os voy a contar un secreto: su penúltima alegría me la dieron el día del padre. ¡Voy a ser abuelo!

¡Ay!, pese a todo, no puedo dejar de pensar en el poema de Agustín Goytisolo, en aquellas palabras para Julia:

“la vida es bella, ya verás... como a pesar de los pesares”...

Muchas gracias.